

<https://doi.org/10.29393/CFNE5-10FRJC10010>

FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

Jorge Concha Segura

Nolite quaerere quae videntur sed quae non videntur.
Quae enim vividentur, temporalia sunt: quae autem non
videntur, aeterna sunt.

No queráis buscar las cosas que se ven, sino las
invisibles; pues las que se ven, son temporales; las
invisibles, eternas.

San Agustín: De vera religione, 3,4.

I

Parafraseando a Johann Wolfgang Von Goethe el Genio de Weimar, nos atreveríamos a decir que, entre las mayores manifestaciones del espíritu, dos sobresalen de manera relevante: la **filosofía** y la **religión**. Pero, convendría reflexionar un poco de qué manera se relaciona la primera con la segunda, y para lograr esto, tendremos que limitarnos a simplificar primeramente qué vamos a entender por **filosofía** y qué vamos a entender por **religión**. Y estas definiciones sólo serán aproximaciones generales, por cuanto en lo que a la **filosofía** se refiere, ésta se escinde en múltiples tendencias y, ¡qué decir de la **religión**! Las hay también múltiples y complejas.

Ahora, pareciera que la **filosofía** podría decir mucho o arrojar luz, por un lado, acerca de la experiencia religiosa o en cuanto al contenido, y por otro, en cuanto podría esclarecer la estructura de las creencias religiosas. Las investigaciones filosóficas de los problemas religiosos hoy

en día no son escasas, ni sus resultados menos importantes. La conclusión parece obvia: las relaciones entre la **filosofía** y la **religión** son actualmente más íntimas que en los períodos del pasado moderno, no así en los períodos de la Edad Media en que hubo una real conciliación entre ambas. Pero es necesario tener presente que una cosa es el esclarecimiento de los conceptos e ideas de los contenidos de una creencia religiosa y otra es, la edificación de una filosofía susceptible de dar cuenta cabal del hecho y la estructura de la **religión**. Si se trata del primer caso, es decir de aclarar o de dar razón del contenido de una creencia religiosa determinada, esta reflexión viene a constituirse en una filosofía con los nombres o apellidos que corresponden a esa fe: filosofía cristiana, filosofía budista, filosofía islámica, etc.

Ahora, si se trata del segundo caso, es decir, de dar cuenta o dar comprensión de la estructura o razón de ser del **fenómeno religioso** propiamente tal, viene a conformar simplemente lo que conocemos como **filosofía de la religión**.

II

Ahora bien; algunos analistas se refieren continuamente -en conformidad al contexto que estamos abordando- al **espíritu filosófico** y al **espíritu religioso**.¹ El **espíritu filosófico** corresponde al **espíritu curioso** que se inclina hacia aquello que maravilla al hombre. Precisamente el concepto **reflexionar** indica la idea de **inclinarse** hacia algo, a aquello que no comprende y que sin embargo lo asombra. ¿No fue Platón acaso el que dijo que la primera virtud del filósofo es **admirarse**? En griego se dice **thaumatos**, de donde viene la palabra

¹ Von Rintelen, Fritz-Joachim, *Goethe, imagen del mundo y de la vida*, traducción de Federico Saller, Ed. Columba, Buenos Aires, 1974, pág. 45 y ss.

taumaturgo, que es aquel que dice o escribe cosas admirables o prodigiosas. El **espíritu religioso** en cambio, aun cuando en principio experimenta una sensación similar hacia aquello que es desconocido, no obstante lo acepta sin interpretación de orden racional, justamente porque es el contenido de una creencia, es fe, fuese por una experiencia directa o por revelación escrita.

III

La religión o mejor dicho, el **espíritu religioso**, se manifiesta en dos formas. Por un lado, se manifiesta en lo que puede calificarse de **vínculo inmanente** o también, como **vínculo trascendente**.

El vocablo **inmanente** puede ser entendido de muy diversas maneras. Así, se puede decir que la filosofía religiosa de Baruch Spinoza era de tipo **inmanente**, como también el pensamiento cristiano de Escoto Erígena. Pero en términos simplistas, llamaremos **inmanente** sólo a la concepción o convicción de que la verdad religiosa debe residir exclusiva o, en última instancia, en la **morada interior**, es decir, en la **conciencia humana**. Esto no significa declarar que la **verdad religiosa** es **subjetiva** (aunque a veces pueda equivaler a eso); pero en todo caso, indica que, lejos de ser inaccesible, la **verdad religiosa**, más que conocida, es experimentada, o sea, es vivida interiormente (*Erlebnis*). Por último, creemos legítimo señalar que el espíritu inmanente es, en el fondo, resultado de la tendencia a entender la conducta y las creencias religiosas como fenómenos exclusivamente subjetivos, interiores.

IV

Asimismo, el espíritu religioso se expresa en lo que podríamos llamar **vínculo trascendente** (trans-ascendere). La naturaleza de este espíritu escapa a toda definición precisa, pero se adhiere fácilmente a

una definición negativa; esto quiere decir que el **espíritu trascendente** rechaza cualquier intento de hacer uso de las ideas y de los sentimientos religiosos. Más claro aún: esto quiere indicar que quienes ponen énfasis hasta el máximo el ideal **trascendente**, o sea, en referencia a la **trascendencia absoluta**, de todas las cosas religiosas, no consideran nunca la verdad religiosa como algo susceptible de ser analizado, entendido o simplemente experimentado. Suponen que por ser esta verdad, absoluta, permanecerá por siempre oculta a la mirada de las criaturas humanas. La **razón de ser** de la creencia religiosa, por ser fe, según esta opinión, es irracional. Precisamente por eso, podrá esta verdad ser revelada a los hombres por un dios oculto e infinitamente distante.² Si la verdad religiosa es ininteligible, es por tanto inexpresable. Aquí cobra ejemplaridad la paradójica expresión de Tertuliano: **Credo quia absurdum**.³ Para el **espíritu trascendente** esta es la consigna que representa fielmente el espíritu realmente religioso. De ahí entonces que en ese abismo de la **absoluta verdad religiosa** queda por siempre inmerso **todo lo demás**: no sólo el hombre, sino también su razón; no sólo las leyes de la naturaleza, sino también la ley moral. Consecuente con esto, Dios es representado como el **Ser absolutamente trascendente y absolutamente todopoderoso**.

V

Y ¿qué pasa con el hombre? En este contexto, el hombre es una nada completa, privada de toda existencia auténtica y por tanto sin fuerza propia. Entre Dios y el hombre hay un foso abismal del cual no tenemos idea, y sobre el cual sólo Dios puede, si quiere, tender un puente. A la luz de la razón, no es extraño entonces que el hombre se vea obligado a aceptar todos los **dictados divinos**, incluyendo los que más se oponen a

² Pensamientos de Blas Pascal, Art. XII.

³ Tertuliano: *De Carne Chisti*, 5.

sus normas o convicciones de la **razón natural**. Luego el hombre no puede existir si no es **religiosamente**, porque de este vínculo procede la posibilidad de su salvación, de su superación, de su perfección y por cierto de su **felicidad** (beatitudo), que es también **trascendente**, en cuanto se refiere a la **otra vida**, cuando entre en unión o en comunión con Dios.

No obstante la opinión anterior y si somos consecuentes con el **espíritu filosófico**, podemos observar y afirmar una realidad incuestionable: **el hombre es un ente de razón**. En virtud de esta premisa, el hombre en cuanto entidad racional, el **asombrarse** ante una creencia o un dato de fe, puede intentar penetrar el contenido de ese dato y formular razones, esto es, explicar hasta donde sea posible la dinámica de esa realidad **sui generis**; y al hacerlo en un intento **exegético**, logra afianzar y concretizar **filosóficamente** esa disciplina que conocemos con el nombre de **teología**.